

LA VIDA CON LAWRENCE

Por Frieda LAWRENCE

• La autora: Frieda Lawrence

En 1912, Lawrence conoció al profesor Weekley, de Nottingham, e inmediatamente se enamoró de su esposa, que entonces tenía 31 años de edad y tres hijos. Pocas semanas después, ella abandonó a su familia y se fue con Lawrence a Alemania, donde el padre de ella, el barón von Richthofen, comandaba las fuerzas militares de Metz.

El barón se disgustó. Negó su ayuda a la pareja, y tuvieron que vivir pobremente durante varios años. El profesor Weekley se divorció de su esposa en 1914 y Lawrence se casó con ella enseguida. Durante la guerra, la nacionalidad de Frieda motivó que los Lawrence quedaran vigilados por la policía, sobre todo porque el primo de ella era el más renombrado entre los oficiales alemanes de la fuerza aérea.

Al morir Lawrence, Frieda escribió su biografía *Not I, but the wind* (No yo, sino el viento), en parte como corrección del retrato de Middleton Murray: *Son of woman* (Hijo de mujer). En 1961, Heinemann publicará una colección póstuma de las cartas de Frieda, ensayos sobre Lawrence y un memorial, con el título de *The memoirs of Frieda Lawrence*.

ES DIFÍCIL que yo escriba sobre Lawrence. Tengo la sensación de que hasta los pájaros saben cómo era. Así, tan sencillo y tan obvio, me parece. Pero quizá los pájaros sepan más que los complicados seres humanos. Puede ser que yo, que presencié hora por hora de su vida, haya sido calada hasta los huesos por su esencia. Pero cuesta trabajo sacarla de allí para encerrarla en palabras. Las palabras brotan como frescas puntas de espárragos, pero al mirarlas, dejan mucho que desear.

Lo intentaré. Creo que el móvil de su existencia era el amor al prójimo, el amor por todas las cosas vivas, y casi todas las cosas tenían, para él, más vida que la que realmente tenían. Podía decirse que les infundía su propia vida. A Lawrence no se le puede traducir en tér-

minos intelectuales; era mucho más que un intelectual. Pero en lo grande y en lo pequeño demostraba una gran inteligencia. Le exasperaba ver qué aburrida era la vida de casi todas las gentes, y en qué insignificancia la convertían, y con toda su fuerza luchó, desde todos los ángulos, por quitarles la venda y hacerlos cambiar. Nunca cedió, ni perdió los ánimos como tantos reformadores. Todo lo contrario.

No era trágico. Nunca hubiera aceptado que la humanidad misma fuera trágica. Para él, solamente estaba equivocada y no había nada que la sabiduría auténtica no pudiera solucionar.

No era piedad lo que sentía; nunca insultó a nadie con su compasión. Hay que aprender a aceptar. Es extraño pensar que nunca se haya topado con más problemas que los que tuvo, dada su absoluta independencia. Lo atacaban y lo ultrajaban. Montaba en cólera pero nunca se lamentaba. Cobraba nuevos bríos.

Años después de su muerte, caminando por las calles de Buenos Aires, vi muchos libros suyos en un aparador. Me impresionó fuertemente. "Aquí" pensé, "donde nunca estuvo, la gente compra sus libros". He ahí la fuerza que llega a tener un hombre flaco y endeble.

Intensamente se percataba de la importancia del tiempo, de la responsabilidad de cada hora y de cada minuto. No contamos más que con el lapso de la cuna a la tumba para mostrarnos, para dar prueba de nuestra existencia. Mientras más años pasan, menos tiempo nos queda. El hecho de estar vivo parece acrecentar su valor cada día. Lawrence lo sabía desde muy joven.

Quiso que compartiéramos lo que le sucedía en su interior. Su vida interior era tan poderosa que había que participar de ella forzosamente. Fue muy duro para mí advertir que en las entrañas de mucha gente no sucede nada, absolutamente nada.

Para Lawrence, todas las criaturas tenían su propio misterio. Solamente los humanos parecían haber perdido el suyo en muchas cosas.

Para él, una vaca no era una botella de leche en la puerta de entrada, sino la bestia que experimentaba el milagro de vivir, una criatura con la que debíamos confrontarnos, como él sabía, por desgracia.

En Lawrence había el anhelo de conocer todo el universo en sus distintas manifestaciones.

Quería escribir un libro, una novela, sobre todos los continentes. Pero sólo logró escribir novelas sobre Europa, Australia y América.

Tenía ansiedad de encontrar nuevos sitios en la tierra y en el alma del hombre. Le interesaban todas las razas, todas las ideas, todo. Vivió intensamente, pero la intensidad brotaba, sobre todo, de él.

¡Se pueden tener tantas experiencias, pero casi todos tenemos tan pocas! Un trabajo insignificante, una casita, una esposa diminuta da a luz a Jorgito; y éste

crece y un día se muere y eso es todo: no ha conocido la amplitud y la grandeza.

Para mí, el don más grandioso de Lawrence era esa concepción de un universo ilimitado, sin barreras, ni círculos sociales, ni sueños de éxito. A pesar de tan poco dinero como teníamos, nos sentíamos triunfadores y muy ricos. Si alguien es dueño de un Botticelli y al verlo yo disfruto más que aquél, entonces el cuadro es más mío que suyo. No hace falta tener las cosas en el bolsillo para adueñarse de ellas. Gozándolas, se posee más las cosas, que siendo su propietario.

En Lawrence se daban todas las cualidades del inglés. Es cierto, aunque parezca ridículo. La absoluta honradez, mental y materialmente, es parte de la grandeza inglesa (es inconcebible que pueda sobornarse a un magistrado inglés o a un miembro del Parlamento), creencia en la libertad, sentido del honor, y sobre todo, del valor. Se necesita valor para escribir lo que él escribió en las propias fauces de los prejuicios británicos. Lawrence no escribía *pour épater le bourgeois*, sino simplemente lo que sentía.

A mí me conmovió que fuera un hijo del pueblo. De ahí su franqueza, el producto de tantos siglos de arduo trabajo y de penosa vida que le precedieron: nada de lodo y muchos pantalones.

Era un auténtico inglés, no un aristócrata inglés. Pudo serlo, como muchos escritores, pero no quiso.

Siempre vivimos modestamente. Lawrence hacía lo que quería y nada más. Yo lo acompañaba.

Si algo, por insignificante que fuera, podía verse ostentoso, él era incapaz de aceptarlo, como un anillo de topacio con el escudo de los Richthofen que le ofrecí una vez. Lo miró. Al principio le agradó. "No", me dijo, "no es para mí".

La anécdota de Lincoln (en la que un senador encuentra a Lincoln lustrándose sus propias botas y le dice: "Señor Presidente, un caballero no se limpia su calzado", y Lincoln responde "Entonces, ¿el de quién?") podría haberse aplicado a Lawrence.

Le adjudicaron los mismos apodosos de Lincoln. "Salvaje" y "Baboon", y muchos otros del mismo estilo. ¡Lo pintan como un espantapájaros! Pero los pájaros nunca se espantarían. Otros lo convierten en un mártir fúnebre y triste.



Frieda Lawrence



D. H. Lawrence

Pocas veces se ponía triste; pero con mucha frecuencia se ponía furioso. Casi siempre estaba contento y de muy buen humor. Los fúnebres son, sobre todo, los críticos

No hubiera podido realizar su obra en los escasos 44 años que vivió si no hubiera poseído grandes reservas de energía.

Pero el público no recibió, entonces, lo que él podía darle.

Algunos le llamaron comunista. Otros, fascista. Ni unos ni otros acertaron. Esos conceptos eran demasiado estrechos para su actitud puramente humana.

Después lo llamaron degenerado. ¿Lo era?

"Pues los hombres pueden tolerar que exalten a otros sólo mientras pueden convencerse a sí mismos, absolutamente, de que son capaces de igualar lo que oyen decir que los otros han hecho. Cuando eso no es posible, surge la envidia y en seguida la incredulidad".

Nunca dijeron que Lawrence fuera un escritor responsable; siempre un genio. Eso lo enfurecía. "Esa es mi etiqueta —un genio— y con eso me liquidan".

Parece que a la gente le cuesta trabajo comprenderlo. Quizá porque estamos tan acostumbrados a recibir impresiones tan subjetivas e insensatas que nos hiere un impacto tan directo y brusco como el de la obra de Lawrence.

Una vez recibí una carta en la que me decía un señor: "Daría yo mi vida por usted, bien lo sabe", "¡Qué frases!", comentó Lawrence, burlándose, "nadie puede dar la vida por nadie; cada quien tiene que vivir su propia vida, y morir su propia muerte además".

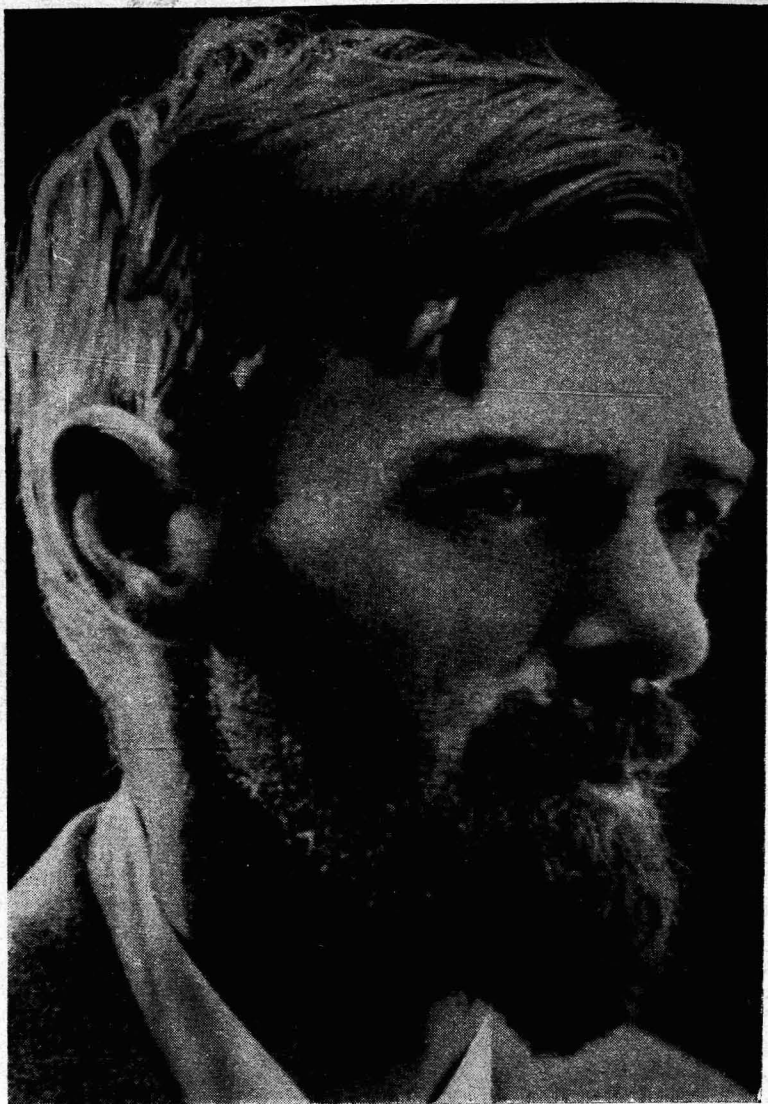
Cuando mi padre murió en Alemania, yo estaba en Inglaterra y lloré amargamente por los rincones de la casa de campo en que vivíamos. Lawrence me dijo: "¿Qué esperabas? ¿Que tu padre estuviera a tu disposición toda tu vida?" Me tomó por sorpresa y dejé de llorar.

Creo que el gran defecto de Lawrence era el cambiar rápidamente de humor y de tensión. Con la mayor facilidad se enfurecía. Altas y bajas de temperamento sin cesar. No se quedaba con nada, sino que todo era explotar, y eso no facilitaba las cosas.

Yo tenía mis malos ratos, pero sus reacciones me desarmaban siempre. ¡Cómo no íbamos a pelearnos! Su insistencia por cualquier nimiedad era exasperante. Cada nimiedad se convertía en un problema que había que solucionar a su manera. Nunca facilitaba las cosas. Siempre optaba por lo difícil y enredado.

Cuando lo conocí y decidió que había de casarse conmigo a toda costa, me pareció una verdadera locura, y lo era; yo tenía tres hijos, un marido, una posición, y era mayor que Lawrence. Y él no era nadie, y no tenía un centavo. Me arrancó de todo aquello, y aunque el cielo cayera sobre nuestras cabezas yo tenía que casarme con él. El cielo estuvo a punto de desplomarse. El precio que yo tenía que pagar era casi más de lo que podía permitirme.

Perder esos hijos, esos hijos a los que me había entregado era una pena que me hacía pedazos. Lawrence también se atormentaba. Estoy segura de que no de-



"En Lawrence habla el anhelo de conocer todo el universo".

jaba de pensar: ¿tengo realmente el derecho de separarla de sus hijos? También pensaba en mi esposo. ¿Recuerdan el poema *Meeting on the Mountains* (*Encuentro en las montañas*) donde conoce a un campesino de ojos cafés?

Y ¿cómo describir la primera vez que estuvimos juntos? Simplemente tenía que suceder. Lo que otros encuentran de otras formas, la armonía con todo lo que vive y respira, la paz de paces, supera, de verdad, al entendimiento. Así fue entre nosotros, para que no se acabara nunca. El amor puede ser algo tan pequeño, tener tan poco significado, y puede ser algo grandioso. Parecía que todo valía la pena, hasta las trivialidades. Vivir con él era importante, y fue revistiéndose de magnificencia.

Después del primer impacto y de la sorpresa de estar juntos como si una gran ola nos hubiera elevado en su cresta para divisar nuevos horizontes, pensé: quizá el hombre con quien vivo sea un gran hombre. Ojalá que yo supiera en qué estriba la grandeza. Si la grandeza pudiera reconocerse a simple vista, no sería grandeza, porque lo que le da grandeza a un hombre es la singularidad.

No éramos sentimentales, ni teníamos nada que ver con Tristán e Isolda. No teníamos tiempo para hacer tragedias. El nuevo mundo de la libertad y del amor no nos permitía desviar la atención. Las raíces eran hondas y de allí brotaban sin cesar ideas e impulsos, uno tras otro. Yo me mantenía alerta todo el tiempo. No nos acercábamos a los que habían pasado por una experiencia dis-

tinta a la nuestra. Eso se convirtió en una barrera.

Nuestros pleitos eran muy violentos. Pero nunca por bajezas o mezquindades. Habíamos llegado a estar muy cerca uno de otro y por eso en nuestro contacto no había recelos ni defensas, ni evasivas.

A veces, esos pleitos eran muy desagradables. Un poco de consideración y de sentido común hubieran bastado, pero no recurrimos a eso. Nos tomábamos muy en serio. A veces decía yo algo con mala intención y él no lo notaba. Otras, decía algo inofensivo y él montaba en cólera. Pero con Lawrence ya no tenía absolutamente nada que fingir. Para él no existía la definición de una esposa. Yo era yo, y si a veces era desconcertante, pues así era, y ya.

¡Haberlo visto llegar a su fin me llena para siempre de satisfacción! Lo vi retornar a la tierra que amó. Eso era lo que yo había anhelado. Me hizo su esposa en el pleno sentido de la palabra y para colmo me dio a guardar nada menos que su esencia. Que yo hubiera muerto primero y él se hubiera quedado sin mí, no lo puedo concebir.

Murió incólume. Nunca perdió su obsesión por la vida. Nunca hizo nada que no quisiera y nada ni nadie pudo obligarlo a hacerlo. Nunca escribió ninguna palabra en la que no creyera al momento de escribirla. Nunca cedió a mezquindades. Si ha llegado a existir un hombre libre y orgulloso de sí mismo, ese ha sido Lawrence.

—*Books and Bookmen*, Londres, septiembre, 1960.

Traducción de José Luis Ibáñez.